

Humilladas y ofendidas

A sí, sin pena ni gloria, perdido en discusiones que terminaron por no interesar a nadie, pasó hace mucho la Conferencia Internacional en el Año Internacional de la Mujer. Como en cualquier otra reunión similar, se habló con exceso, se polemizó, se satanizó a quien quiso dejarse. Mucha política, muchos pronunciamientos antimperialistas, muchas protestas y amenazas... Bien poco quedó de todo aquello. Casi nada efectivo se hizo en favor de las mujeres explotadas; de las que están sometidas a la poligamia; de las que son obligadas a prostituirse desde niñas; de las frustradas sexualmente; aún está por conocerse la cifra de las que obtuvieron algún beneficio de ese año que les fue consagrado.

De nueva cuenta, las mujeres se reunirán en el próximo verano, esta vez en Nairobi, para evaluar los resultados del decenio que la Organización de las Naciones Unidas les consagró y los avances realizados en el Programa de Acción adoptado en la ciudad de México hace diez años. En aquel entonces, sin duda, quedó flotando una impresión de vacío; la sensación de haber desperdiciado esa gran tribuna; de haber eludido, en beneficio de temas grandilocuentes con escaso contenido práctico, problemas reales y cuestiones de fondo.

La OMS y la Conferencia de Jartum

El escándalo confirmó hace mucho esa impresión. Una conferencia, modesta y discreta, celebrada en Jartum, capital de Sudán, organizada por la Organización Mundial de la Salud, reveló a los ojos del mundo algo que apenas se sabía; de lo que se hablaba vagamente, sin entrar en demasiados detalles. Uni-

dos en una conspiración de silencio, las viejas potencias y los jóvenes Estados parecían tener miedo de revelar los horrores que subsisten en nuestros días.

Hasta hace muy pocos años, los soldados coloniales que regresaban a las metrópolis traían con frecuencia entre sus maletas imágenes vendidas clandestinamente, fotografías "sólo para hombres", de las ceremonias fituales en el curso de las cuales las niñas son horriblemente mutiladas, torturadas, castradas. A título de folclor y más por curiosidad morbosa que interés documental, algún cineasta logró captar escenas alucinantes de lo que, por monstruoso, parecía irreal. Y bien, no es irreal. Treinta millones de mujeres, según las estadísticas oficiales de las Naciones Unidas; sesenta estiman los sociólogos, han sufrido y sufren aún las consecuencias de esa horrible y bárbara operación que se practica en casi todos los países del África negra y en algunos lugares del Medio Oriente: Para discutir sobre la escisión y clitoridectomía la OMS, púdica y vergonzante, se escudó tras un temario desigual y muy poco sugestivo: "Prácticas tradicionales capaces de afectar a la salud de las mujeres". Todo entraba ahí, desde los problemas seculares de la desnutrición hasta las hechicerías y reglas de comportamiento; en realidad, la atención se centraba en el punto que trataba sobre la infibulación, es decir, el corte total o parcial del clitoris, de los labios menores de la vulva, e incluso de los labios mayores.

Los orígenes de estas prácticas se pierden en el tiempo y parecen ser tan antiguos como la humanidad misma. En efecto, rastros de esta operación han subsistido en las momias egipcias, lo que nos permite pensar que entonces como ahora, esta espantosa cirugía era una costumbre generalizada. Se ha discutido mucho sobre los motivos que in-

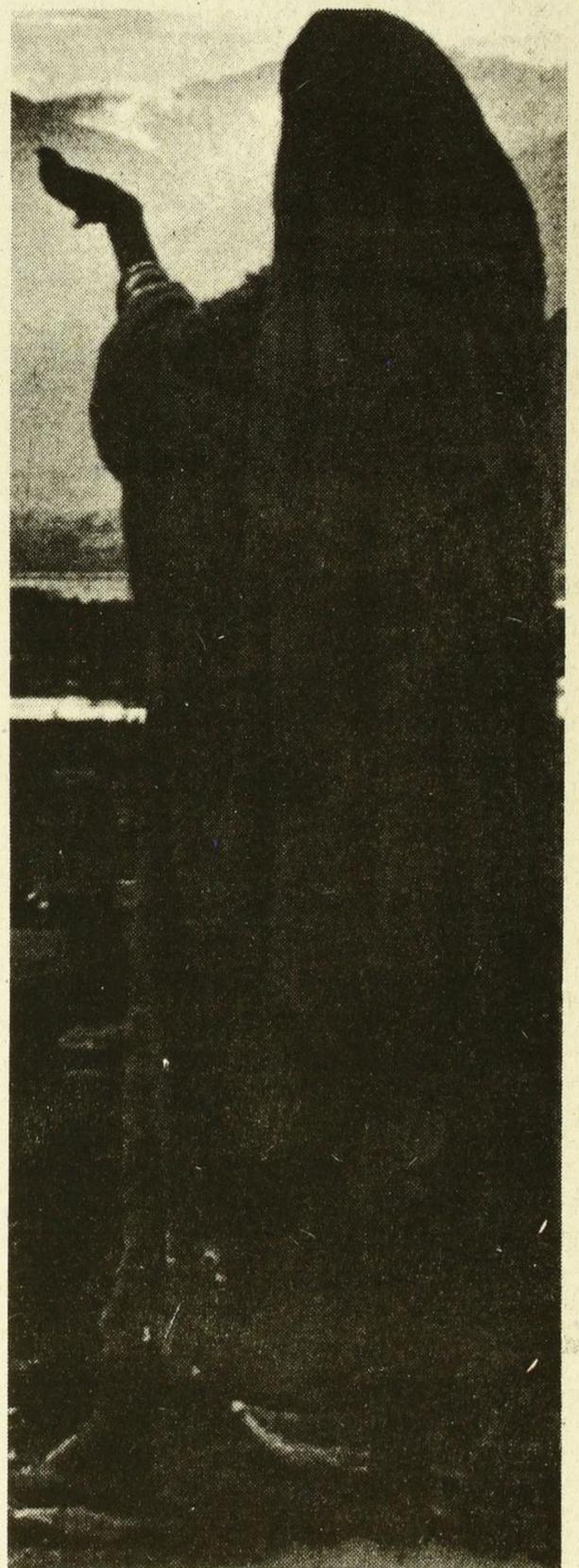


Foto: Henri Cartier-Bresson.

* Diputado del PRI.

ducen a practicar estas mutilaciones. Según las etnias o las creencias, existen múltiples variantes, que van desde la ablación del capuchón del clítoris, lo que sería la forma más suave, menos degradante y con menores consecuencias para el equilibrio futuro de la mujer, hasta la operación brutal que consiste en la extirpación de toda la vulva.

Si se trata de dar un significado religioso al severo ritual que rodea esas ceremonias, por lo general no encontramos sino una sola explicación satisfactoria: el machismo, exacerbado y llevado a sus consecuencias más extremas, la vanidad prepotente del egoísmo masculino y su pretendida superioridad sobre el sexo femenino. El deseo, en fin, de ser el único en poseer una mujer y el único en gozar de esta posesión. Se trata en suma, de una secular fobia al placer femenino.

Los ritos y las creencias

Si bien es cierto que el puritanismo islámico ha alentado y difundido tales prácticas, también lo es que se han practicado en el seno de otras creencias. En una primera aproximación, se trata sobre todo de preservar en forma radical la virginidad de la joven, privarla de todo deseo y goce sexual y reservar para más tarde al marido, el privilegio de abrirla con un cuchillo y coserla después del parto, para repetir la operación cada vez que se decida a ampliar la familia.

Las formas que reviste la operación, los rituales que se siguen, son muy variados, aunque los congresistas de Jartum convinieron en agruparlas en tres categorías principales:

- La circuncisión "sunna" que consiste, como ya se dijo arriba, en la ablación del capuchón del clítoris con algún instrumento afilado, por lo general una hoja de afeitar o un pedazo de hojalata. Esta operación que sería la menos cruel, la más "humana", la que menos problemas presenta para la actividad sexual y emocional de la mujer, es también la menos usada. Tan es así, que los congresistas de Jartum pensaron en alentarla en detrimento de las demás, ante la imposibilidad de obtener mejores resultados.
- La forma más común, que se extiende como una mancha por todo el Continente Africano, consiste en la excisión total del clítoris así como de los labios menores. Con frecuencia, las paredes internas de los grandes

labios son también mutiladas, rebanándolas sin ninguna precaución, con cualquier objeto afilado: un cuchillo, una piedra, una vieja navaja, un pedazo de botella, inclusive...

Naturalmente, a lo ancho y largo de Africa, del Océano Atlántico al Indico, caben múltiples variantes que no parecen responder sino al deseo de hacer más cruel la ceremonia, de acrecentar el sufrimiento de la niña sobre la que se practica la operación. Así, en Nigeria, en Ghana y en la Costa de Marfil es frecuente que la excisión se practique con cauterización: la víspera de la ceremonia una mujer se encarga de cosechar una especie de ortiga particularmente venenosa que se deposita toda la noche sobre el clítoris de la joven novicia, inflamándolo exageradamente. Al día siguiente, se extrae de las brasas un pedazo de carbón que se aplica directamente sobre el órgano tumefacto. En ese momento preciso, todas las mujeres de la tribu lanzan grandes gritos de alegría que acallan los aullidos de dolor de la joven iniciada.

— La forma más radical y más cruenta es también una de las más usuales. En todo caso, se practica comúnmente en todo el llamado cuerno de Africa que incluye Somalia, Etiopía, Sudán, Kenia, Egipto, Djibuti, Nigeria, Malí, e inclusive en la República Árabe de Yemen. Los ritos que acompañan a este acto re-

visten un impresionante ceremonial, y la operación es ejecutada exclusivamente por mujeres. La niña, llegada a la pubertad y al cabo de una noche de purificación, es llevada al centro de la aldea y colocada en cuclillas en el suelo o en un taburete. Ahí, una robusta matrona le sujeta los brazos por detrás mientras dos mujeres le abren las piernas, inmovilizándola por completo. En ese momento una mujer vieja, experta en su arte, valiéndose de un cuchillo especial, procede a cortar el clítoris, los labios menores y a rebanar a todo lo largo la cara interna de los labios mayores, dejándolos en carne viva para facilitar su ulterior cicatrización. Los grandes labios se sujetan por los bordes, traspasándolos con unas espigas de acacia silvestre que miden alrededor de 10 centímetros de largo y se suturan con un cordel hilvanado a la manera de una cinta de zapato. Solamente se deja un pequeño orificio que da paso a la orina y, para evitar la cicatrización total, se coloca un trocito de bambú.

Sobre la llaga sanguinolenta se coloca una mezcla de goma y estiércol que se supone ayuda a la cicatrización aunque naturalmente, las más de las veces produce graves infecciones que pueden llegar al tétanos o a la septicemia general. Acto seguido, en medio de los gritos estridentes de los miembros de la tribu y

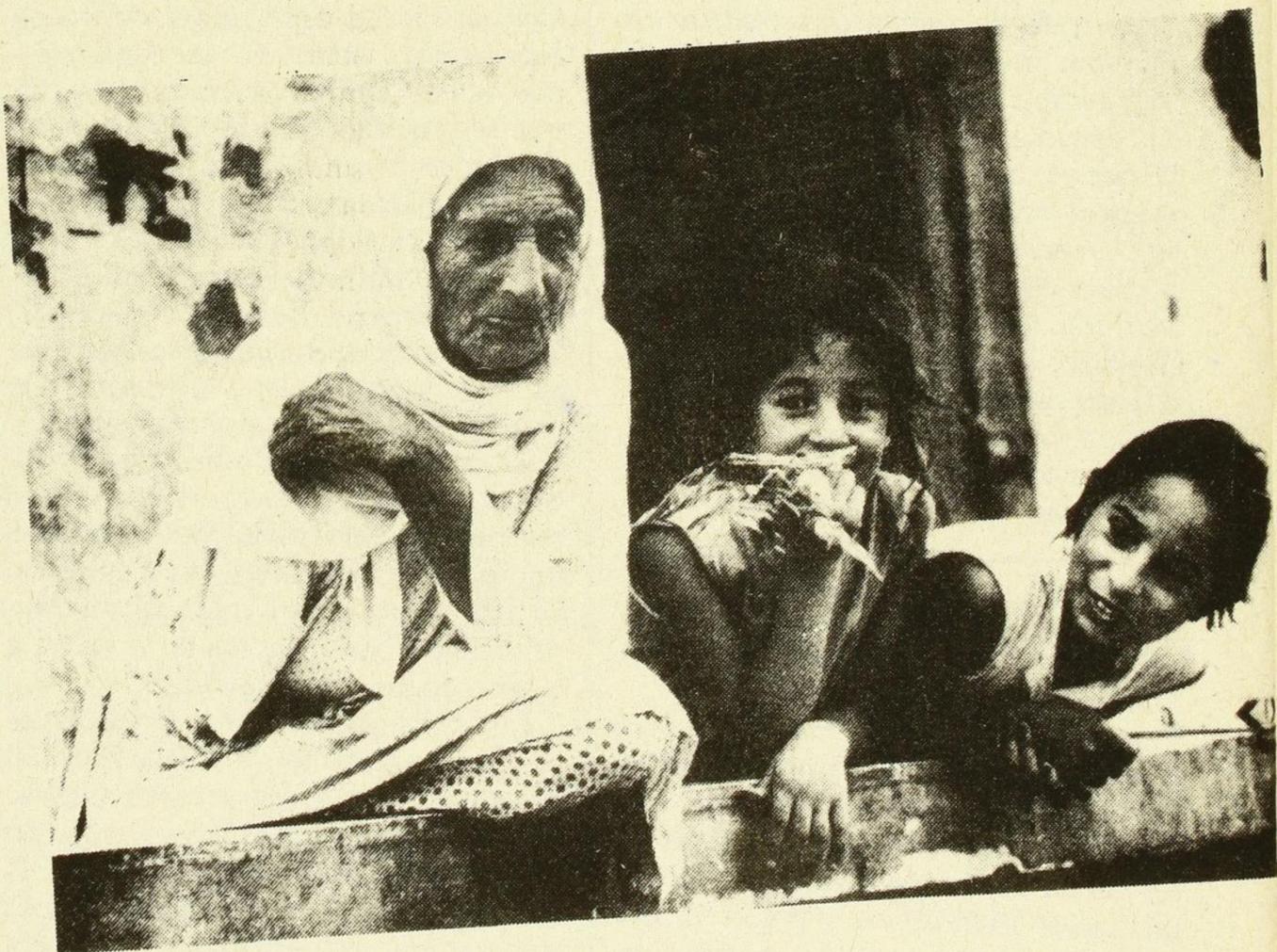


Foto: Donald McCullin.



Foto: Sabine Wise.

ayudada por sus más cercanos familiares, la niña es llevada a su choza. En un ambiente que se supone festivo, se le atan las piernas hasta los tobillos para impedir que con sus movimientos se reabra la herida. Ahí, entre bebidas fermentadas y oraciones, se espera la primera micción, que produce un dolor muy agudo, pero que es prueba de que el orificio no está bloqueado. Una semana más tarde se retiran las espinas y se verifica el buen estado de la herida. En caso de complicación, la operación vuelve a repetirse.

Las razones del absurdo

Para aquellos que tratan de encontrar una explicación a este absurdo —que sean mujeres quienes practiquen la operación— se trata de una venganza contra su propia infibulación. Condenadas a una vida de sufrimiento y ajenas al placer sexual, se encargan a su vez de inutilizar a las mujeres de su tribu; de devaluarlas como seres humanos.

Para los Dogon de Malí y los Mossi de Alto Volta, el clítoris aloja a un demonio maligno, el “wanzo”, susceptible de causar la muerte de un bebé si en el parto rozara su cabeza, y capaz de inocular venenos letales en el hombre. En realidad la explicación es mucho más banal.

Se trata de despojar a la mujer “de un órgano exterior que la aparenta al hombre”, el tiempo que “limita sus excesivos apetitos sexuales”.

El primer contacto de la niña africana con la realidad es el horror de lo que algún día habrá de sucederle. Su madre, sus hermanas, sus amigas, ella misma ha visto la horrible operación. Ha asistido al sufrimiento atroz de la joven martirizada. Ha sido testigo de la carne desgarrada, de la agresión brutal, de la mutilación y, a pesar de los fanatismos y pretendidas tradiciones, ha resentido el absurdo de la sinrazón.

Jartum no fue escenario propicio para grandes conclusiones. No se puede enfrentar impunemente a las tradiciones y no falta quien las defienda en nombre de los nacionalismos. La misma OMS, en 1959, declinó ocuparse del tema bajo pretexto que tales prácticas eran resultado de “concepciones sociales y culturales” propias a la civilización de los pueblos africanos. Por otra parte, escudados detrás de una independencia recién conquistada, los jóvenes Estados difícilmente aceptan los consejos, no siempre desinteresados, de Occidente. Ya lo decía Jomo Keniatta delante del consejo de notables de su tribu: “Ningún kikuyu digno de este nombre desearía casarse con una muchacha

que no hubiera sido escisada, porque esta operación es garantía de una enseñanza moral completa y una auténtica virtud religiosa...”

Muy poco se habló de este problema en la Conferencia de México. Por pudor, por desinterés o por ocultar problemas que contrarían el prestigio no muy consolidado de las nuevas democracias, la Conferencia de Jartum adoptó sin duda alguna resolución intrascendente, insípida y poco comprometedor. Lo mismo hicieron las mujeres en su año.

Estas prácticas, si bien inciden únicamente sobre el sexo femenino, se ejercen sobre menores de edad. Sobre jóvenes impúberes a quienes también les fue dedicado un año, esta vez por la UNICEF. Torturadas, marginadas, orilladas aquí y allá al sufrimiento, a la explotación, al trabajo forzado, las niñas vieron esfumarse su año en manifestaciones sensibleras, en gigantes, cabezudos y otros eventos idílicos que poco tienen que ver con la tragedia de lo cotidiano.

Una vez más, a diez años de distancia, la Comunicación de Naciones ofrece a la mujer un marco adecuado para enfrentar sus problemas y una tribuna de enorme resonancia. Una vez más, y quizá sea la última, tenemos nuevas razones para alimentar nuestra esperanza 